



5 de abril de 1874

La Resurrección¹
Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Los días santos que acabamos de vivir llevan consigo una enseñanza silenciosa que tiene que ver con las cosas que nos hablan de los recuerdos de las grandes verdades que se han conmemorado, de las ceremonias de la Iglesia, y todo lo que le lleve al alma las dolorosas circunstancias que marcaron el final de la vida de nuestro Señor. Esta alegría que hoy llena a toda la Iglesia tiene su propia enseñanza. Esta alegría es la de la resurrección, y es la verdadera alegría, porque es eterna. Hay dos tipos de alegría en la vida de nuestro Señor y de la Santísima Virgen: una que habéis conocido, la otra que nos espera.

La primera es la alegría de la infancia de nuestro Señor Jesús. La infancia de Cristo. Primero hace gustar al alma que Él llama. Estos son los primeros fervores, estas primeras atracciones, estos primeros consuelos por los que da a conocer su visita secreta al alma, por la que le hace comprender y amar su belleza, por la que parece llevarla en brazos, como una madre lo hace con su hijo. No hay ninguna de vosotras, hermanas, quien no tenga un recuerdo dulce, profundo y entrañable de aquellas horas en las que Nuestro Señor le trató como la Santísima Virgen trató al niño Jesús, o más bien como el mismo Jesús trató a su santa Madre, cuando lo llevaba en brazos y encontraba en él toda la dulzura y la alegría de su vida.

En el otro extremo de la vida de nuestro Señor está la alegría de la resurrección, pero es necesario, queridas hijas, y esto es lo que la Iglesia nos enseña con estos misterios, que imitemos la vida de nuestro Señor Jesucristo, si queremos llegar con él a las alegrías de la resurrección. Por lo tanto, no miréis atrás, no digáis: "Esas alegrías que tuve al principio de la vida espiritual, ya no las tengo. Las alegrías del más allá, todavía no las tengo". Es que, hermanas, entre estas dos alegrías, está el tiempo de la prueba, el tiempo del sacrificio, el tiempo del sufrimiento, el tiempo de la paciencia donde tenemos que buscar a nuestro Señor con gran generosidad y seguirlo para que se convierta en la única luz de nuestra inteligencia - y creer que debemos trabajar para llegar a no tener más luz que la que viene de la fe. Que se convierta en el amor fuerte y ardiente de nuestro corazón, para que lo busquemos en todas las cosas y por él amemos a todos los hombres, aunque encontremos sacrificios en ello. Finalmente, el tiempo en el que nuestra vida debe hacerse semejante a Jesucristo, para que, siguiéndolo en este camino de la paciencia, lleguemos a la alegría eterna que se nos promete en la fiesta de la Pascua.

¹ Instrucción para el día de Pascua.

Así la Semana Santa es para nosotros el camino por el que debemos avanzar. Las alegrías, los consuelos de la infancia están detrás. Por ellos Dios nos ha atraído hacia sí. Por ellos nos sacó del mundo, nos mostró su amor. Solo nos queda una cosa de esas dulzuras, de esos consuelos, y de esas ternuras, es el espíritu de pequeñez que es el fundamento de la infancia cristiana y que debe acompañarnos siempre en el camino hacia la cruz.

Esto, queridas hijas, no debéis dejarlo pasar. Ya tengas cuarenta, cincuenta, sesenta años, este espíritu de la infancia debe permanecer siempre en el alma. Esta docilidad, esta humildad, esta obediencia, esta amable abnegación, esta ingenuidad, esta rectitud, esta sencillez son las características propias de la infancia y deben conducir al cristiano en el camino de la cruz, pero las alegrías que le acompañaron al comienzo son anteriores, como lo fueron para la Santísima Virgen durante la vida pública de nuestro Señor y en la hora de la Pasión.

Ahora, hermanas, es la hora de entregarnos, de practicar el Evangelio, para vivir esa castidad perfecta de la que habla la Regla cuando dice que *después de habernos entregado tan solemnemente a Jesucristo, no hay acción, ni palabra, ni instante de nuestra vida sobre los que no tenga derecho; que solo él debe llenar la plenitud de nuestro corazón*; esa castidad que consiste en amar solo a nuestro Señor, a seguirlo en esta vida, en este tiempo de prueba, poniendo todos nuestros afectos solo en Él.

Sabéis que la Iglesia hace corresponder la virtud de la fe con el misterio de la Resurrección, y San Pablo no dudó en decir: "*Si Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación*"². El misterio de hoy es un gran misterio de fe. Nos hace esperar en el futuro todas las alegrías que quisiéramos encontrar aquí abajo. Nos hace pasar por las pruebas de la vida y de la muerte, sin perder de vista ni por un momento que esto no es nada, comparado con la gloria que nos está reservada: "*nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa*"³. Sí, hermanas, la prueba de esta vida es corta, es ligera, la tristeza de este tiempo es pasajera y pronto le seguirá una alegría sin mezcla que no tendrá fin.

Así debe ser nuestra resurrección en unión con la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Pero no seremos asociadas a su gloria, si no aceptamos marchar con él en el camino de pruebas que siguió él primero.

A menudo, sin darnos cuenta, hacemos un poco como los judíos. No reconocieron a nuestro Señor, porque estaban esperando un Mesías que triunfaría sobre sus enemigos, un rey que establecería su imperio sobre todos los pueblos de la tierra.

También nos gustaría ver a nuestro Señor triunfar siempre en este mundo. Desearíamos ver establecido su reinado, su imperio en el universo; pero no es así: la Iglesia y cada uno de los hijos de la Iglesia pasan por tribulaciones y pruebas. Las órdenes religiosas, que también son hijas de la Iglesia, tienen sus propias tribulaciones y pruebas. ¿En qué parte de la tierra encuentras que la Iglesia tiene plena libertad de acción y se establece como debe ser?

² 1 Cor 15:14.

³ 2 Cor 4:17.

Llevemos esto a nuestras propias vidas. Nada ocurre del todo como nos gustaría que fuera. Es algo que va mal en nuestro trabajo, en nuestras normas, en nuestro número. No todo está organizado según nuestros deseos. ¿Y por qué? Porque es a través de la prueba, a través de la contradicción y de una cierta persecución que tenemos que caminar. La Iglesia, sufre la persecución por parte de los malvados. Para nosotros, diré que tenemos que sufrir la persecución en las contradicciones, y, queridas hijas, solo, si pasamos esta persecución llegaremos a la paz eterna. Debemos desear que nuestro Señor reine en los corazones aquí abajo; pero no podemos esperar que su reinado sea perfecto y absoluto en este mundo. Eso está reservado a la eternidad. Hay que sufrir en este mundo antes de llegar a la eternidad.

La alegría del alma se eleva por encima de estas contradicciones, por encima de estas pruebas por encima de estos juicios, por encima de estos pequeños asuntos donde podemos encontrar motivos para criticar y quejarse. La alegría del alma reside en la esperanza que acompaña y guía al amor. Se instala en la paz del corazón donde se empieza a disfrutar en Jesucristo resucitado de ese reino eterno donde un día lo veremos glorioso. Esta es la meta que esperamos, respecto a la que no debemos ser impacientes, pues si permanecemos más años en esta tierra, podremos tener una resurrección más hermosa y traer a muchas almas a disfrutar de esta resurrección con nosotros, después de enseñarles a llevar la cruz en este mundo.

Tal vez habéis observado las palabras de San Agustín que hemos recitado en el Oficio estos últimos días: "*Quiera Dios -dijo- que muchas almas se formen con nosotros, para que se salven con nosotros*". Y añade: "*Dios deja a los malvados en la tierra o bien para que se corrijan o bien para que, por ellos, los buenos se ejerciten*"⁴. Intentemos, queridas hijas, cumplir con la tarea que se nos ha encomendado: ganemos muchas almas para Jesucristo, para que con nosotras puedan disfrutar eternamente de Jesucristo victorioso y resucitado, que ya en este mundo nos hace gustar elementos de la resurrección y de la gloria, en la que nos nutre y que es como la semilla de la futura resurrección, depositada en nosotros por la santa comunión.

⁴ Sobre el Salmo 54, lectura de Maitines del Jueves Santo.